

El marxismo como filosofía de la historia: una aproximación crítica desde

Raymond Aron

Marxism as Philosophy of History: A Critical Approach from Raymond Aron

Por: Alexander Oliveros Tapias

Universidad del Valle

alexander.oliveros@hotmail.com

Resumen: *El pensador francés Raymond Aron se constituye en uno de los críticos contemporáneos más consistentes de aquella filosofía de la historia revestida de valor universal: el marxismo. Las inconsistencias de la doctrina de Marx atraviesan diferentes dimensiones. En su teoría y en su perspectiva, arbitrariamente impone una causa primera y un sentido último al complejo curso del devenir. Como saber científico y como visión total, equivocadamente excede los límites de la experiencia en la medida en que profiere observaciones apresuradas en su irrevocable previsión del destino humano. En el plano político, dado su sugestivo contenido profético, catastróficamente produce en los individuos actitudes de pasividad y violencia. Ante estos agudos desaciertos, demostraremos cómo el sistema marxista se comporta sencillamente como una actitud existencial, una tendencia de vertiente mística y una convicción de valor ideológico. Finalmente, en franca confrontación con esta doctrina, indicaremos, desde la mirada aroniana, que la historia no sigue una línea uniforme, sino que es intrincadamente movida por dinámicas fortuitas, parciales e imperfectas.*

Palabras clave: *marxismo, teoría, perspectiva, pasividad, violencia, ideología, libertad histórica, individualidad.*

Abstract: *The French thinker Raymond Aron is constituted in one of the most consistent critics of that philosophy of the history redressed in universal value: the Marxism. The inconsistencies of Marx's doctrine cross different dimensions. In his theory and in his perspective, he arbitrarily imposes a first cause and a last sense to the complex course of to develop. As scientific knowledge and as total vision, it wrongly exceeds the limits of*

experience as it makes hurried observations on the irrevocable foresight of the human destiny. On the political plane, in view of his suggestive prophetic content, catastrophically it produces in the individuals ambivalent attitudes of passiveness and violence. Before these sharp blunders, we will demonstrate how the Marxist system behaves simply as an existential feeling, as a trend of mystical inclination and as a conviction of ideological value. Finally, in vertical confrontation to this doctrine, we will demonstrate that history does not follow a uniform line, but it is intricately moved by fortuitous, partial and imperfect dynamics.

Keywords: *Marxism, theory, perspective, passiveness, violence, ideology, historical freedom, individuality.*

El determinismo es siempre fragmentario: instantáneo si se trata de explicar un acontecimiento, parcial si es el caso de construir regularidades. En cuanto a las leyes a las que se elevan algunos filósofos, estas pierden probabilidad a medida que son confirmadas por ejemplos más raros y analogías más lejanas; ellas aíslan ciertos aspectos de esas evoluciones desmesuradas, sin estar seguras de alcanzar ni las formas decisivas ni las realidades esenciales. Este pensamiento sólo llega a generalizaciones más o menos azarosas, a fórmulas construidas y probables que la fe y la pasión erigen como fatalidades. No existe sistematización causal, como tampoco existe un primunmovens de la historia total.

Raymond Aron

Nos encontramos ante una de las críticas más prolíficas de la filosofía aroniana. Efectuando una ruptura radical con el pensamiento social de vertiente científicista y de carácter determinista lastrado por la tradición de su época, en el contexto de una Europa dominada cada vez más por doctrinas totalitaristas y dogmáticas que preconizan modelos de acción absolutos para sus simpatizantes sobre la imagen de un porvenir escrito anticipadamente, mostraremos cómo Raymond Aron se convierte reaccionariamente en uno de los críticos más consistentes de aquella filosofía de la historia revestida de valor ideológico: el

marxismo. Para empezar, describiremos los postulados esenciales de la filosofía marxista, de cara a descomponerla en sus partes constitutivas. Una vez determinadas la perspectiva y la teoría del marxismo, respectivamente indicaremos cómo estas, suprimiendo arbitrariamente la pluralidad de las colectividades en el orden del tiempo, estipulan erróneamente por adelantado el devenir. Posteriormente, señalaremos cómo el marxismo fracasa como saber científico y como visión de la totalidad en la medida en que, rebasando los límites de la experiencia, profiere observaciones apresuradas en su previsión del destino humano. Responderemos porqué este sistema entraña dos problemas políticos de carácter gravísimo, la pasividad y la violencia, o bien, la adopción de una postura impávida o la provisión de una actitud beligerante ante la histórica profecía que ha sido vaticinada con tildes inexorables.

Sobre estos desaciertos, inferiremos cómo esta doctrina, más que un postulado fidedigno para comprender el curso del tiempo, se constituye en una actitud existencial que nace del rechazo al presente y de la voluntad de transformarlo. Miraremos luego porqué el marxismo pareciera convertirse en una religión en el entrelazamiento íntimo de las nociones científicas y los designios teológicos, en la comunión sospechosa entre los supuestos positivistas y los postulados místicos. Ratificaremos enseguida cómo este sistema se presenta como una ideología que, excediendo la esfera de lo real, inconvenientemente se constituye en una verdad ecuménica animada por la apasionada esperanza de impregnarle un sentido único al devenir. Allanado este camino, subrayaremos porqué el marxismo no se puede convertir en una ley histórica universal debido a que el hombre, en extensa libertad de crear plurales universos espirituales, no se puede reducir a la categoría de fenómeno explicable a través de mecánicos parámetros de regularidad y causalidad. Finalmente, en franca confrontación a una ciencia histórica que confiera una imagen acabada del universo humano, abogaremos más bien por la posibilidad sensata de aventurarnos a la imprevisible historia en las inagotables rutas de la elección, decisión y acción. Descubriremos así cómo la marcha del tiempo no sigue una línea uniforme, sino que es movida intrincadamente por dinámicas

fortuitas, parciales e imperfectas. Emprendamos a continuación, en términos aronianos, el desmantelamiento de la metafísica de la historia¹ que entraña el marxismo.²

Caracterización general de la filosofía marxista de la historia

En primera instancia, de acuerdo al propósito trazado en nuestro plan general, revisemos de una manera simplemente narrativa la filosofía marxista de la historia en sus postulados predominantes, a fin de disociarla lógicamente en cada una de sus partes constitutivas. En el *Manifiesto del Partido Comunista*,³ Marx, revelando su concepción materialista de la historia, expone en sus trazos más elementales los presupuestos teóricos que cimientan su visión panorámica del devenir. Las líneas inaugurales de este programa declaratorio de

¹Aunque no recurriremos de forma reiterada al vocablo metafísica de la historia, aclaramos, en virtud de no generar inconvenientes ambigüedades de orden conceptual, que el término “metafísica”, desde una influencia esencialmente kantiana, denota aquello que trasciende los límites de la experiencia humana. En esta vía, la metafísica de la historia marxista excede los límites de la verificación, pues como visión panorámica del devenir, va más allá de todos los datos de hecho, suscitando apresuradas observaciones que sobrepasan cualquier posible verificación empírica. En efecto, el marxismo, por una parte, no permite concluir de manera fehaciente que la lucha entre clases económicas es el primer principio de la historia, y por otro lado, no permite declarar de modo incontrovertible que el advenimiento del socialismo es el fin último de la historia.

² Enunciado preliminarmente el objeto de nuestra presente crítica, resulta importante subrayar que el análisis que vendrá a continuación no se convierte en una caprichosa reprobación o en una desmedida censura al pensamiento marxista. Pues bien, desde ninguna óptica podemos desconocer que Marx, “el maestro”, es decir, el economista y el sociólogo, logró conceptualizar extraordinariamente las complejas fuerzas que dinamizan las relaciones económicas y sociales de un incipiente sistema capitalista del siglo XIX que se sigue prolongando hasta nuestro tiempo. Al contrario, tendremos variados argumentos filosóficos para demostrar que Marx, “el profeta”, excedió extremadamente los límites de la experiencia al valerse de su particular visión eurocéntrica del mundo para fijar un motor único y un desenlace final para todo el conjunto de la historia humana. Sobre este infortunio del pensamiento marxista, en su filosofía de la historia, o bien, en su representación panorámica del devenir, precisamente se detendrá el examen aroniano que desarrollaremos.

³ Bajo ninguna circunstancia intentamos indicar que la doctrina de Marx se reduce únicamente a las directivas del *Manifiesto del Partido Comunista*, texto escrito en colaboración con su entrañable amigo Engels, publicado en el año 1848 en Londres, poco antes de la revolución de París, como programa declaratorio de principios y objetivos de la Liga de los comunistas. En efecto, podemos encontrar obras anteriores y posteriores al 1848 que de manera erudita efectúan un análisis escrupulosamente sistemático y riguroso del pensamiento económico-social de Marx. Ahora bien, para considerar el pensamiento marxista desde la categoría de filosofía de la historia, recurriremos fundamentalmente al *Manifiesto del Partido Comunista*, puesto que en el contenido de este programa declaratorio podemos observar la exposición gradual de una visión panorámica del devenir que señala el primer principio y el sentido final de las colectividades humanas. Sobre estas dos tesis, la eterna lucha entre clases como primer principio y el advenimiento del socialismo como sentido final, girará principalmente el examen crítico de Aron al marxismo.

principios partidistas sentencian la célebre máxima que ilustra el movimiento originario de todas las civilizaciones conocidas hasta hoy: “La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases” (Engels, 1972, p. 30). Esta simple proclamación, revelada en otras palabras, se traduce en la afirmación de que las asociaciones humanas de todas las épocas han estado económicamente jerarquizadas en escalas contradictorias que de forma perpetua han mantenido disputas abiertas. Visto cronológicamente este proceso de querrela entre sectores antagónicos, el interminable conflicto se ha venido dando desde períodos remotos entre amos y esclavos, patricios y plebeyos, maestros y oficiales, señores y siervos, prolongándose hasta el mundo moderno en el escenario de confrontación trágica entre la clase capitalista opresora y la clase proletaria oprimida. A continuación, especifiquemos a éstas últimas clases, la capitalista y la obrera, protagonistas fundamentales en la escisión del tiempo que ahora nos irrumpe.

La clase capitalista, en posesión privilegiada de los medios de producción económica, se distingue por emplear de manera desmedida, a fin de acumular *capital*,⁴ la modalidad del trabajo asalariado:

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus posesiones naturales las ha desgarrado sin piedad para no dejar de subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel “pago al contado”. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal (Engels, 1972, p. 33).

⁴ Marx definirá el capital así: “El capital es, por tanto, el poder de gobernar el trabajo y sus productos. El capitalista posee este poder, no por sus cualidades personales o humanas, sino en cuanto que es propietario del capital. El poder de compra de su capital, a que nada puede resistirse, le confiere su poder” (Marx, 1975, p. 33).

La clase proletaria, en cualidad de explotada, se caracteriza por valerse como aquel instrumento mercantil que se ve demandado a vender la fuerza de su labor al sector privado para poder subsistir:

El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y no del rédito de algún capital; es la clase, cuyas dichas y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo, es decir, de los periodos de crisis y de prosperidad de los negocios, de las fluctuaciones de una competencia desenfrenada. Dicho en pocas palabras, el proletariado, o la clase de los proletarios, es la clase trabajadora del siglo XIX.⁵

Moviéndose en la dinámica propia del capitalismo,⁶ aquella mecánica que se expresa en feroces prácticas de dominio y en crueles procedimientos de explotación, sustentada en la administración de los medios económicos de producción como instancia eficaz para ejecutar la regulación de la división social del trabajo, la burguesía, en vertical detrimento de las fracciones menos privilegiadas,⁷ fragmenta cualquier tipo de filiación solidaria en el género humano, convirtiendo las relaciones de los sujetos en desafortunadas rutinas lucrativas que acentúan cada vez más el clima de la desigualdad. En esta persecución que solo ambiciona provechos y dividendos cada vez mayores para sí, la clase dominante, sin tener la más

⁵ Esta definición de Friedrich Engels se encuentra consignada en su célebre trabajo denominado *Principios del comunismo*, un proyecto previo del programa de la "Liga de los Comunistas". El segundo Congreso de la Liga de los Comunistas (del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847), encargó a Marx y Engels que redactaran el programa en forma de manifiesto. Al escribir el *Manifiesto del Partido Comunista*, los fundadores del marxismo se valieron de varias tesis enunciadas en los "Principios del comunismo".

⁶ Según Marx, el capitalista siempre estará movido por la inversión que le produzca mayor rentabilidad y lucro, o en otras palabras, la que genere mayor "ganancia". Véase: Marx (1975, pp. 37-38).

⁷ A propósito del detrimento de la clase proletaria, Marx anotará que el obrero se enfrenta a tres situaciones sociales de carácter fluctuante que lo colocan en incesante peligro: 1) Cuando la riqueza de la sociedad decae, quien más padece es el obrero, pues si en el estado próspero de la sociedad la clase obrera no puede nunca ganar tanto como los propietarios, ninguna sufre tan cruelmente con su decadencia como la clase obrera. 2) Supongamos ahora un caso en que la riqueza aumente. La elevación del salario provoca el exceso de trabajo para los obreros. Cuanto más quieren ganar, más tienen que sacrificar su tiempo y su libertad. 3) En un país que alcanzara la última fase posible de su riqueza, ambos elementos, el salario y el interés del capital, serían muy bajos. La competencia entre los obreros por obtener empleo sería tan grande, que los salarios se verían reducidos a lo necesario para mantener al mismo número de obreros, número que ya no podría ir en aumento, puesto que el país se hallaría ya suficientemente poblado. Véase: Marx (1975, pp. 18-20).

mínima conciencia de su fragilidad, despierta la marcha de fuerzas sociales que dan nacimiento a la especie destinada a culminar decisivamente con el poder de las élites: el proletariado. El *Manifiesto* presiente este síntoma en estos términos: “Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñaran esas armas: los obreros modernos, los proletarios” (Engels, 1972, p. 37). A medida que esta clase trabajadora vaya creciendo en población, en conciencia y en asociación, desde el intenso lugar de miseria que representa su infausto papel de llana mercancía supeditada a las perniciosas fluctuaciones que origina la competencia asalariada,⁸ el penetrante antagonismo derivado de la insostenible diferencia entre sectores económicos desencadenará la revolución obrera que significará la fatal desaparición del sistema capitalista. El programa comunista infiere este proceso histórico, el ocaso de la clase opresora a manos de la clase oprimida, a partir del encadenamiento de las siguientes ideas:

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que les permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de

⁸ En esta dinámica del trabajo asalariado, debemos indicar, siguiendo a Marx, que el obrero, cada vez se pertenece menos a sí mismo en la realización de su trabajo, se *enajena*: “Cuanto más se mata el obrero trabajando, más poderosos se torna el mundo material ajeno a él que crea frente a sí, más pobres se vuelven él y su mundo interior, menos se pertenece el obrero a sí mismo... El obrero deposita su vida en el objeto; pero, una vez creado éste, el obrero ya no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece al objeto... La enajenación del obrero en su producto no sólo significa que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia externa, sino que esta existencia se halla fuera de él, es independiente de él y ajena a él y representa frente a él un poder propio y sustantivo, que la vida que el obrero ha infundido al objeto se enfrenta a él como algo extraño y hostil” (Marx, 1972, pp. 77-78).

existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables (Engels, 1972, p. 42-43).

Para terminar esta exposición de ideas, anotemos que Marx, en el postrimero alcance de su visión panorámica del devenir, le imprime un carácter verídico a la asunción proletaria toda vez que confía en la insoslayable responsabilidad histórica que ha adquirido el sector obrero en la construcción sediciosa de su elevado porvenir: “El proletario se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas” (Ibíd., p. 52). En la medida en que esta conciencia de clase se vaya materializando en eficaces acciones de orden práctico,⁹ se

⁹ Previstas las condiciones y los resultados que anuncian por sucesión de acontecimientos la decaída de la clase burguesa y el ascenso de la clase obrera, Marx prescribe que en todos los países avanzados donde el capitalismo alcance su punto más crítico, los proletarios deberán tomar las siguientes medidas: “1) Expropiación de la propiedad territorial y el empleo de la renta de tierra para los gastos del Estado. 2) Fuerte

instaurarán los pilares de la equidad social, o mejor, se establecerán las condiciones suficientes que permitirán la consumación definitiva de la reconciliación del género humano en un nuevo régimen de igualdad, el socialismo: “En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos” (Engels, 1972, p. 54). En este orden de prescripciones, la declaración marxista, en la delineación franca de su programa de acción, enfatiza alzadamente en el carácter irreversible de la revolución, entendiéndola como fuerza imprescindible para que los hombres puedan emanciparse del crudo clima de supeditación que engendra el capitalismo: “Que las clases dirigentes tiemblen ante la revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo a ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!” (Engels, 1972, pp. 67-68).

Dificultades de la teoría y perspectiva marxista

Una vez revisados los supuestos primordiales del *Manifiesto del Partido Comunista*, indiquemos que el pensamiento marxista, desde la valoración aroniana, se puede comprender como una filosofía del devenir que traza un movimiento único y un curso íntegro para el conjunto de la historia humana. Desde esta perspectiva, nuestro pensador definirá al marxismo bajo la categoría de la *filosofía dogmática de la unidad total del devenir histórico*, en la medida en que esta procura articular la diversidad histórica en el conjunto de una historia única en la que el principio y el final de la humanidad se conocen con certeza absoluta.

impuesto progresivo. 3) Abolición del derecho de herencia. 4) Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos. 5) Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo. 6) Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte. 7) Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general. 8) Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales particularmente para la agricultura. 9) Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo. 10) Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se práctica hoy; régimen de educación combinado con la producción material” (Marx, 1972, pp. 52-53).

Ahora bien, según Aron, en el marxismo podemos advertir básicamente dos elementos constitutivos: la teoría y la perspectiva: “Llamamos teoría a la doble afirmación relativa a la eficacia de la economía entre los factores materiales y a la relación entre materia social e idea. Designamos perspectiva a la orientación de todo el pasado humano hacia el conflicto actual de clases, el triunfo del proletariado y el advenimiento del socialismo” (Aron, 1984-II, p. 67). La *teoría* sería la fórmula que sostiene que el motor primario del movimiento histórico es la lucha económica, impulsada progresivamente por la transformación que hace el hombre de su entorno natural y su medio social mediante la acción del trabajo. La historia, en el orden de esta dinámica, empieza cuando el individuo a través de la actividad productiva origina objetos para la satisfacción de sus necesidades básicas y continúa en la aparición de las clases opresoras y de las clases oprimidas por la sistemática mediación jerárquica de la práctica laboral. La *perspectiva* sería el razonamiento que revela aquellas inequidades provocadas por la aparición de la propiedad privada y de la división social del trabajo, tales como la explotación y la desigualdad, circunstancias que agitan desde el pasado el conflicto actual entre la clase capitalista y la clase proletaria, entre la clase dirigente y la clase obrera. En vista de este diagnóstico, el marxismo se proyecta como la visión total del destino humano que proclama en el porvenir el triunfo del proletariado y el advenimiento del socialismo, como resultado de la revolución promovida por la aguda tensión entre fuerzas antagónicas. Una vez dissociados los componentes lógicos de esta doctrina, miremos a continuación las serias dificultades que entrañan estos elementos constitutivos.

En primer lugar, consideremos la teoría. “La economía no es ni causa primera ni causa en última instancia de los fenómenos históricos” (Ibíd). La sentencia aroniana, en virtud de su sugerente simplicidad, francamente nos permite comprender que aceptar uniformemente el *factum económico como primunmovens de la historia total implicaría admitir que cada época histórica, en estricta influencia del régimen económico vigente, ha determinado proporcionalmente las necesidades existenciales de los individuos, la forma de la organización social y los modos políticos de proceder, así como las esferas religiosas, éticas, espirituales, culturales, emocionales, intelectuales y artísticas de cada asociación dada entre hombres. Desde luego, la observancia histórica, lejos de ratificar este presupuesto que*

solamente la mirada sospechosa de Marx pudo vislumbrar en su época, nos muestra inobjetablemente desde diferentes ópticas que las sociedades no son comparables entre sí, que poseen una estructura única, que manifiestan realidades anímicas singulares, que expresan preocupaciones individuales y que múltiples impulsos las animan en el devenir. Las colectividades, desde su misma fundación, se construyen, se destruyen y se reconstruyen intrincadamente sobre ideas, valores, imaginarios, proyectos, reacciones y esperanzas, por cierto, concretas, jamás reductibles a una única fuerza motriz. El agudo problema teórico del marxismo, reside, pues, en suprimir descaradamente la esplendorosa pluralidad de universos espirituales que despliega espontáneamente cada realización humana, captando en una indisoluble unidad la irresoluble multiplicidad de las sociedades en el transcurso del tiempo.

En segundo lugar, consideremos la perspectiva. “La historia es libre porque no está escrita de antemano ni determinada como una naturaleza o fatalidad, imprevisible, como el hombre para sí mismo” (Ibíd., p. 84). Sobre este precedente, el pronóstico de la fatal revolución, de la victoria proletaria y de la instauración del socialismo, se convierten, ciertamente, en predicciones dudosas que trascienden los límites de lo empírico. Si bien la lucha de clases se puede admitir apenas como uno de los tantos datos demostrables en el complejo entretejido de los grupos humanos, no podemos afirmar con entera certeza que las reacciones de las sociedades ante la crisis del capitalismo pudieran conocerse anticipadamente ni mucho menos sostener que cada sujeto dentro de las asociaciones se comportará homogéneamente en el clima de la tensión económica. Encerrar en una pretensión panorámica la autonomía de los individuos y de las sociedades sería lo mismo que omitir insolentemente el singular valor de cada humano y de cada colectividad. En coherente medida, Aron mantenía: “Cada persona, cada sociedad vale en sí misma y por sí, en cuanto ella realiza una de las formas de la humanidad, pero ninguna es por entero cerrada, ninguna se consume en su totalidad; todas perecen en busca de un término último” (Ibíd., p. 108). El marxismo, a partir de su estremecedora dimensión profética, excediendo los límites de la experiencia en la sentencia de una evolución universal, de manera directa elimina los accidentes, suprime la pluralidad y restringe la libertad de los individuos y de las sociedades en su imprevisible aventura histórica. En consecuencia, esta doctrina conduce apenas a generalizaciones apresuradas, parciales y arbitrarias.

El marxismo y su fracaso como ciencia positiva y visión total del devenir

El marxismo, como filosofía del movimiento histórico, se atribuye doblemente a sí mismo el carácter de ciencia positiva y el valor de visión total del devenir:

Como ciencia positiva, esta doctrina pretende predecir desde una visión determinista el mecánico advenimiento del socialismo sobre la fatal derrota del capitalismo. No obstante, el marxismo se ve malogrado en su intento de orientar el devenir bajo este movimiento estricto, puesto que la explicación sucesiva que pronostica la revolución proletaria tras la desigualdad entre los hombres se comporta simplemente como la ilusión posterior a la realidad, convirtiéndose apenas en una suposición fragmentaria, muy lejos de convenirse eficazmente como última en el orden del tiempo. Cualquier realización histórica proyectada hacia el futuro bajo el esquema de la sucesión regular no puede ser calificada epistémicamente en el presente como un acontecimiento real, de naturaleza fidedigna, porque metodológicamente rebasa todos los datos de hecho y supera toda posible verificación empírica. Más allá de la experiencia no podemos asegurar un curso evolutivo coherente en las sociedades; más allá de la duración actual no podemos aseverar la realización de un acontecimiento inequívoco. En palabras de Aron: “El pensamiento causal sólo llega a generalizaciones más o menos azarosas, a leyes más o menos parciales, fórmulas construidas y probables que la fe y la pasión erigen como fatalidades” (Ibíd., p. 335).

Extrañamente, revestido de carácter científico, el marxismo parece más bien una visión providencial que asume la marcha del presente en la creencia de regularidades históricas que desembocarán en una sociedad sin clases.

Como visión total del devenir, el marxismo fracasa ingenuamente en su aspiración de instaurarse como óptica general del curso histórico. Para que semejante condición se cumpliera, el marxista, personificando al más prodigioso de los humanos, debería tener la extraordinaria facultad de rebasar el presente para verificar como espectador privilegiado el cumplimiento de su profecía, la abolición del capitalismo y la instauración del socialismo.

Situado apenas en el orden previo al pretendido acontecimiento revolucionario que transformaría definitivamente a la humanidad, el simpatizante de esta doctrina se ubica en una localidad fragmentaria de la compleja realidad social, dominado singularmente por la recalcitrante resistencia al sistema económico y por el impaciente anhelo de igualdad humana. En este orden, el marxismo, al igual que todas las visiones panorámicas de la historia, se torna también en una perspectiva particular que interpreta el probable curso del devenir desde un presentimiento específico o desde un ritmo concreto. Efectivamente, el espectador de la historia, cualquiera que sea su ideología -realista o utópico, pesimista u optimista, pacifista o beligerante-, está sujeto a una realidad espiritual única, influenciada en su esencia por valores singulares que determinan su presentimiento sobre la vida. En esta vía, Marrou acertadamente recordaba la imperfección humana cuando se intenta comprender y pronosticar los rasgos del porvenir: “El hombre historiador sabe, por el contrario, que él no puede saberlo todo, no se considera sino mero hombre y acepta con sencillez el no ser Dios: conoce parcialmente, ve las cosas en su pequeño espejo, de un modo limitado y a menudo entre oscuridades” (Marrou, 1968, p. 199).

Desastres políticos del marxismo

El marxismo, en manifiesta formulación de una voluntad responsable con el cumplimiento del porvenir, entraña un problema hondamente político en tanto que se puede asumir, paralelamente, o como una postura paciente ante la certeza del devenir o como una actitud beligerante en vista de apresurar la profecía. Ciertamente, frente a la evidencia de una posteridad escrita de antemano a manera de revelación incontrovertible, proyectada sobre la base de un supuesto fundamento científico, las colectividades humanas, irremediamente, quedarían subordinadas ante dos síntomas, aunque diametralmente opuestos en la teoría, símilmente peligrosos en el terreno de las elecciones, decisiones y acciones históricas. Nos referimos justamente a la pasividad y a la violencia, patologías políticas extendidas uniformemente en nuestro tiempo, sustentadas en el fondo por doctrinas totalitarias que, en nombre de una omnisciente razón capaz de formular incuestionables determinismos sociales sobre la base de la verdad universal, de acuerdo al diagrama anímico donde encuentren arraigo, les imprime a unos sujetos la tranquilidad de pertenecer al engranaje de una marcha

histórica coherente y les inyecta a otros la energía combativa para acelerar los procesos históricos previstos.

La pasividad, por un lado, minimizaría ostensiblemente la capacidad del ser humano de convertirse en arquitecto de su propio destino a raíz de su obediencia a un sentimiento de certeza que acepta la realización histórica decretada. Dada la incontestable verdad universal de la teoría marxista, el individuo, en sumisa interiorización del dogma adquirido, en dócil aceptación de la profecía revelada, prescinde de su libertad de obrar y de su responsabilidad política, en consonancia a una actitud sosegadamente estoica, en concordancia a una disposición conforme o fatalista que espera la materialización de la emancipación social, crédulo en que las fuerzas sociales están tejiendo irrevocablemente las circunstancias necesarias para la victoria proletaria sobre la derrota burguesa y la instauración del socialismo sobre la abolición del capitalismo. El marxismo, de esta forma, al proclamar una visión global de la historia, priva directamente al hombre de su extensa libertad de obrar y de su amplia responsabilidad política, reduciéndolo a la mera categoría de ente pasivo que espera en el tiempo el cumplimiento del vaticinio. Pues bien, acaso ante un acaecimiento irremediable, desde la óptica del sujeto de praxis: ¿Revestiría valor alguno actuar a favor o en contra de lo inaplazable? ¿De qué serviría destinar fuerzas psíquicas y físicas en detener o acelerar el curso de una marcha que se mueve sin reversa? En justa medida el propio Aron declaraba: “El devenir inevitable produce abstención y resignación” (Aron, 1984-I, p. 178).

La violencia, por otra parte, se entendería como aquel sentimiento emanado de la resistencia hacia el capitalismo y de la ambición de deshacerlo. “El marxista sabe la desaparición inevitable del capitalismo y el único problema es adaptar la táctica a la estrategia, el acuerdo con el régimen actual para la preparación del régimen futuro” (Aron, 1984-II, p. 95). Desde la visión de su doctrina, el simpatizante sospecha a cada tanto de las más mínimas circunstancias que revelan inequidades en su tiempo, asociándolas correlativamente a síntomas fehacientes que vaticinan la fatal revolución. Animado por el resentimiento que produce una historia movida por la sangrienta disputa entre sectores dispares, su paciencia se ve cada vez más agotada en el presente, alimentando espiritualmente su responsabilidad de remover turbiamente aquella idónea atmósfera social que sirva de preámbulo a la

sublevación. El marxista, advirtiendo con obstinación el dominio ejercido por la clase burguesa, se nutre del más alzado ímpetu para encaminarse hacia la consumación definitiva de la emancipación de la clase obrera. En virtud de acelerar el proceso desde el ámbito de la praxis, promueve la furia colectiva de la conciencia política como fuerza necesaria para detonar agitadamente la insurrección que dará bienvenida al reino de la igualdad entre los hombres. Precisamente ahí estriba la causa del incremento de su espíritu acometedor y de la preparación de su voluntad activa.

Sin lugar a dudas, la violencia aumentaría efervescentemente las emociones de aversión derivadas de la desigualdad entre clases, desencadenando en las colectividades, más que un juicio crítico que racionalmente transforme lo dado, un irracional impulso de hostilidad que ansía consumación en la demolición del presente. El marxismo, actuando en forma de totalitarismo político, inducido en su seno por sectarismos y fanatismos desmedidos que estipulan una historia movida por fuerzas sociales necesarias, fomentaría catastróficamente la beligerancia de aquellos actores políticos que ven en su tiempo las más inauditas de las relaciones entre clases impares. Desde este instinto, se despertaría una inestabilidad civil que, sin prever los alcances humanos y sin medir las repercusiones materiales, de cara a la aceleración de un porvenir que responde a una mera ilusión metafísica que sobrepasa ciegamente el curso de la experiencia histórica, daría lugar al enraizamiento de los más peligrosos dogmatismos. El marxismo, fundado sobre una emotividad combativa que quiere destruir a ultranza el orden existente, va más allá de los esquemas de un orden social equilibrado, justifica los más peligrosos excesos en la búsqueda infranqueable del acontecimiento vislumbrado.¹⁰

¹⁰ Si bien la transformación de la realidad es una posibilidad concreta de todos los conjuntos históricos, ésta no ocurre bajo un único modo de ser, a no ser que creamos desacertadamente en la perfecta previsión de los alcances de las acciones de orden político. El llamado entonces no es solamente para el marxista: revisar la coherencia de sus convicciones y examinar los modos que influyen estrictamente su proceder. No pretendemos, bajo ninguna circunstancia, hacer una apología del capitalismo, ni mucho menos insinuar que éste no debe ser estructurado. Tampoco apuntamos a reprimir la intención de aquellos que quieren hacer una reconversión o modificación de él. Simplemente apuntamos a criticar a aquellos agentes violentos que, movidos por el influjo de totalitarismos, pretenden cambiar el curso del tiempo en nombre de una verdad universal. Por lo demás, creemos que el cambio y la innovación es la esencia de la historia misma: "La ciencia histórica no sugiere de ningún modo que lo que ha sido debe continuar siendo ni lo que dura vale más que lo que pasa, ni siquiera que lo que se encuentra en todas partes en el pasado deba hallarse en el porvenir" (Aron, 1984, p. 89).

Hemos esbozado significativamente hasta aquí las dificultades que resquebrajan al marxismo como teoría y perspectiva, como ciencia positiva y visión total del devenir, como pasividad y violencia políticas. A partir de estas anomalías, pasemos a detallar a continuación porqué esta doctrina puede ser tomada naturalmente como una actitud existencial, una prolongación de la fe mística y una convicción de carácter ideológico.

El marxismo existencializado

“Considerado de cerca, el marxismo no es una hipótesis cualquiera, reemplazable mañana por otra; es el simple enunciado de las condiciones sin las cuales no habría humanidad en el sentido de una relación recíproca entre los hombres” (Merleau-Ponty, 1956, p. 165). Sobre la afirmación de Merleau-Ponty, indiquemos porqué la doctrina marxista puede considerarse como un sentimiento específico frente a la vida. Anteponiéndose al acto verificacionista, la fórmula que pronostica la revolución proletaria que instaurará el socialismo nace del rechazo al capitalismo y de la voluntad de destruirlo. Previo al acontecimiento, anterior a la profecía, el marxismo, en su esencia, en su sustrato, primariamente no es más que una pasión que nace *acá-presente-* en el resentimiento por lo que ha sido y culmina *allá-futuro-* en la insurrección por lo que debe ser. Desprovisto de ropajes conceptuales, desnudo de imponentes predicciones científicas, este sistema no es más que una ilusión que ambivalentemente se nutre del odio y de la esperanza, del valor obstinado y de la fe santificada, del pesimismo actual y del optimismo venidero. Es la postura de quienes todavía soportan la agonía del eterno ciclo conflictivo en la certidumbre de un pronto mañana de reconciliación. El marxista, más que ningún otro visionario de la historia humana, está inherentemente provisto de una incontenible imaginación. Su entusiasta imagen del porvenir, como la mejor de las puestas en escena, se construye desde la elaboración gradual y la previsión detallada. En su perfecta representación de un mundo ideal, el medio y el fin, la táctica y la estrategia, están íntimamente asociadas.

En la representación del simpatizante las sucesiones consecuentes surgen sencillamente. La adaptación entre causa y efecto, entre desigualdad y emancipación, entre conciencia y

revolución, se entrelazan indivisiblemente. Para la consumación de su querer, el marxista necesita, primero, de un escenario, luego, de un actor. Escudriña las causas de la desigualdad de todas las épocas en el primado de la economía. La propiedad privada, los medios de producción y la división del trabajo rompen con la cohesión social, generan explotación, despiertan egoísmos, engendran alienaciones. Dibujado el clima de tensión, el doctrinario convoca como personaje de la transformación global precisamente a la clase oprimida, en aras de remediar su lastrado dolor. El proletariado, como clase destinada a la emancipación de toda la humanidad, tiene aquí el designio mesiánico de consumir una revolución que destruya los desequilibrios de la funesta vida cotidiana y materialice las ideas de igualdad en la armónica vida en común. Descrita en estos términos, antes que una teoría social objetiva, el marxismo se comporta subjetivamente como una expresión de aversión frente al presente y como una ensoñación de un desenlace ideal en el porvenir. Se convierte en el emotivo relato de aquellos hombres lastimados por el tiempo que procuran subsanar su sobrecargada tragedia en la construcción imaginaria de un mundo ideal. En justa medida, Aron sintetizaba al respecto: “El sistema marxista en su conjunto expresa una actitud existencial” (Aron, 1984-II, p. 69).

El marxismo y su comportamiento místico

Ahora sería conveniente demostrar que este sistema alcanza la cúspide de la teología, transitando del postulado científico a la revelación omnisciente. Perteneciendo al grupo de las leyes históricas que formulan un desenlace irreversible, el marxismo se puede considerar en la modernidad como las cenizas de una extinta providencia medieval que ha sido resucitada y transfigurada en el cuerpo de una teoría social. La equivalencia entre la profecía religiosa y la filosofía marxista parece admisible. La religión le otorga un primer principio y un sentido final a la existencia del ser humano en la medida en que este viva conforme a la aceptación de una divinidad, la fe en un credo, la obediencia a un código moral y la participación en un culto. La doctrina de Marx le revela al individuo el movimiento que da inicio a su historia y le vislumbra el desenlace de su curso en el devenir, proveyéndole una actitud de sospecha ante los males de su tiempo, una conciencia política que desenmascara la opresión y un poder revolucionario que posibilita una nueva sociedad equitativa. Así

como la religión es el sendero último de la salvación humana en el efímero tránsito terrenal, el marxismo es la representación ilusoria de que la humanidad en su totalidad camina progresivamente hacia un porvenir ideal. Mientras que la convicción de aquella es la eternidad en forma espiritual, la bienaventuranza, la certeza de ésta es la definitiva libertad a manera de figura social, el socialismo.

La versión teológica de la unidad del pasado es muy conocida; basta con que nos refiramos a la teología cristiana y nos representemos a la humanidad como creada en cierto momento del tiempo. La historia empieza con la caída, con el pecado, y la historia de la humanidad es una especie de viacrucis que conduce a la salvación de los individuos. (...) Sin embargo, la versión cristiana de la unidad de la aventura humana no es la única que concibe la historia de la humanidad como una unidad; en (...) la filosofía marxista, las fases típicas de la representación cristiana de la historia se convierten en momentos de la aventura colectiva de la humanidad. Entiendo por ello que en los orígenes se supone el comunismo primitivo, y que hay una caída de este comunismo primitivo a sociedades de clases. (...) El régimen capitalista es el último régimen antagonista, y el régimen que lo sucederá pondrá término a la lucha de clases, puesto que el socialismo (...) podrá asegurar a todos los hombres las condiciones de una existencia decente, y sobre todo, lo cual es lo esencial de la idea de la salvación humana, sustituirá la lucha del hombre contra el hombre por una humanidad reconciliada (Aron, 1996, p. 107).

En este sentido, podemos constatar cómo la doctrina marxista pareciera ser en su fondo un sincretismo íntimo entre las nociones de la ciencia y los designios de la teología, una correspondencia suspicaz entre los supuestos de tipo positivista y los postulados de orden místico. El hombre de fe, carente de juicio, espera que Dios no traicione su convicción en el credo y que cometa lo revelado: la bienaventuranza tras el infausto drama que ha significado el destino de las criaturas desde su fatal caída en el pecado. El hombre de acción, nutrido de confianza, espera que la marcha histórica no traicione su adherencia al sistema y que plasme lo prescrito: la reconciliación del género humano en el reino de la igualdad tras una

sangrienta lucha de clases, entre amo y esclavo, patricio y plebeyo, señor y siervo, capitalista y proletario. Ya Aron nos recordaba esta íntima semejanza del marxismo con la religión en el preámbulo de su obra *El opio de los intelectuales*, retomando las pertinentes palabras de la filósofa y activista política francesa Simone Weil: “El marxismo es por completo una religión, en el más impuro sentido de la palabra. Tiene notablemente en común con todas las formas inferiores de la vida religiosa el hecho de haber sido continuamente utilizado, según la expresión tan justa de Marx, como un opio del pueblo” (Aron, 1995, p. 7). Siguiendo con el paralelo establecido, no estaría de más señalar, de acuerdo a la connotación mística del marxismo, la misión mesiánica que esta doctrina le ha delegado al proletariado:

La escatología marxista atribuye al proletariado el papel de un salvador colectivo. Las expresiones que emplea el joven Marx no dejan lugar a dudas sobre los orígenes judeo-cristianos del mito de la clase elegida por su sufrimiento para el rescate de la humanidad. Misión del proletariado, fin de la prehistoria gracias a la Revolución, reino de la Libertad, se reconoce sin esfuerzo la estructura del pensamiento milenarista: el Mesías, la ruptura, el reino de Dios (Ibíd., p. 74).

El marxismo y su revestimiento ideológico

A partir de la discusión precedente, se puede constatar que la filosofía de la historia marxista, al proclamar una verdad de alcance universal para el conjunto de las sociedades humanas, se convierte en una ideología en la medida en que instaura en los individuos una manera particular de pensar, expresar y sentir. Como doctrina que le asigna un primer motor y un fin último al devenir, aquella se postula para sus emisarios y simpatizantes como una certeza de naturaleza vital y práctica que transita y se mantiene en todos los órdenes de la temporalidad: se levanta como una visión sospechosa de las disputas arraigadas en el pasado, como una actitud de malestar ante la dominación en el presente y como una esperanza de liberación heroica en el porvenir. El marxismo, en el alcance más amplio de sus supuestos trascendentales, espera la materialización de su promesa en el futuro. “Más allá de su significación psicológica o sociológica la ideología tiene, pues, ante todo, una

significación histórica. Ella designa las anticipaciones que esperan el juicio del tiempo” (Aron, 1984-II, p. 73). Desde luego, la presuntuosa verdad de este sistema no está en el plano real, todavía no ha sucedido, aún no se ha convertido en acontecimiento para la inquieta ansiedad de sus emisarios y simpatizantes. Intactamente, su valor verificable está más allá del presente, escapando a la experiencia, reposando en la esfera ideal.

Preguntémosnos entonces: ¿Por qué el sujeto de acción desconfía tanto de sí mismo, entregando su confianza y su voluntad a doctrinas que se atreven a formular exuberantes predicciones sociales en el orden del tiempo? Aron nos responderá a esta tendencia invocando, lo que él llamará, una razón de orden filosófico: “El hombre occidental, en particular, es por esencia, el ser que crea a los dioses, el ser finito, insatisfecho por su finitud, incapaz de vivir sin una fe o una esperanza absolutas. Si pues ya no imaginara ideología alguna para esclarecer su camino o confirmar su querer, habría abdicado a su condición al aceptar el mundo” (Ibíd.). El marxismo brota de manera intensa en el seno de aquellos seres humanos que, sabiéndose efímeros en la temporalidad, procuran depositar su esperanza en una verdad que presagia en la proximidad una excelsa realidad. Lejano de la ciencia y cercano al credo, distante de la objetividad e inseparable de la parcialidad, aquella doctrina surge en medio del pesimismo que oscurece el mundo moderno como un lúcido sendero que traza perfectamente el horizonte de los individuos, brindándoles un sentido colectivo a sus vidas, de lo que ha sido, de lo que es y de lo que será el devenir.

Restitución del carácter libre de la historia y del valor singular de las acciones humanas en la construcción del devenir

En virtud de culminar la reflexión que nos asiste, sería acertado sintetizar hasta aquí, en palabras de Aron, la filosofía marxista de la historia:

El marxismo es en sí una síntesis: combina los temas mayores del pensamiento progresista. Invoca la ciencia, que garantiza la victoria final. Exalta la técnica, que transforma el paso inmemorial de las sociedades humanas. Hace suya la eterna aspiración de justicia, anuncia la revancha de los desdichados. Afirma

que un determinismo comanda el desarrollo del drama, pero esta necesidad es dialéctica, implica la contradicción entre los regímenes que se suceden, la ruptura violenta en el paso de un régimen a otro y la reconciliación final entre las exigencias aparentemente contradictorias. Pesimista al contado, optimista al término, propaga la idea romántica en la fecundidad de las conmociones. Cada temperamento, cada familia de espíritus, descubre un aspecto de la doctrina concorde con sus propias preferencias. (Aron, 1995, p. 110)

Preguntémosnos ahora: ¿Por qué el marxismo no se puede establecer como ley universal que permita establecer el ritmo de la historia total? En la reflexión han quedado esbozados los impedimentos más importantes al respecto. Primero, el marxista, a partir de su visión parcial de la vida, decide el curso íntegro del destino movido por la elección de valores estrictamente económicos, apresurándose a generalizaciones concebidas desde la mera arbitrariedad de su proceder metodológico. Segundo, el marxista, al prescribir un ritmo cíclico del orden del tiempo, está olvidando los accidentes y las imperfecciones que componen el complejo entramado de los acontecimientos sociales. Sin embargo, sumado a estas incuestionables razones de orden epistemológico, no podemos olvidar un dato netamente humanístico que sostiene con mayor raigambre nuestra observación: “En verdad, el hombre nunca se deja encerrar en una intención única; manifiesta su imprevisible libertad por la pluralidad de universos en los cuales proyecta sus sueños, sus esperanzas o las imágenes múltiples de su vida real” (Aron, 1984-I, p. 346). En esta caracterización encontramos que el ser humano, a diferencia de la naturaleza, no se puede intentar reducir a la categoría de fenómeno explicable a través de leyes sustentadas en la formulación de regularidades y causalidades. Antes bien, descubrimos que éste, único por excelencia en su ubicación espacial y temporal, se resiste rotundamente a dejarse encerrar en una proclamación única que defina su devenir. Poseedor de una extensa libertad, él nunca entrega su voluntad al arbitrio del determinismo, porque posee la inagotable capacidad de escoger, entre la pluralidad de universos espirituales que su entorno le ofrece, una realidad inmejorable para proyectar históricamente sus sueños y esperanzas.

La profecía del marxismo, a simple vista, resulta seductora en virtud de su atractivo valor poético, puesto que induce a todos los sujetos ávidos de grandeza a la ilusión de que la historia, en su más completa unidad, puede ser transformada en los alcances de la actividad revolucionaria. Sobre esta sugestiva visión panorámica del devenir se levantan, peligrosamente, obstinados fanatismos que conducen al detrimento de la razón por las profusas rutas de la libertad de investigación, la libertad de controversia, la libertad de crítica y la libertad de adhesión. En esta medida, Aron se opone contra cualquier saber que proclame el primero y el último acto de las sociedades en la marcha del tiempo. La ciencia histórica, por más grandeza que ostente, por más universalismo que pretenda, por más presagio que formule, no podrá conferirnos jamás una imagen acabada del universo humano en la que perfectamente podamos leer nuestro destino. Más allá de esta providencial pretensión, que no esconde más que formas variables de dogmatismos, solamente queda la exigencia práctica de definirse inagotablemente entre la pluralidad de valores, culturas y creencias. En este sentido, el hombre tomará control histórico de sí mismo cuando elija, decida y actúe, sabiendo de antemano que su elección, decisión y acción, exentas de regularidades que las guíen por el camino de una verdad absoluta, podrán comportar evidentemente una pérdida, una divergencia, una contradicción, un simple desacuerdo, o en el peor de los casos, una lucha a ultranza. He aquí precisamente el tentador riesgo de una aventura hacia el infinito llamada historia.

Por supuesto, totalmente escépticos de una ciencia del devenir que proclame definitivamente el curso de nuestro destino, surge en el horizonte de la discusión una enorme inquietud: ¿Qué presentimiento se puede tener de la historia sin un movimiento director que la presida en cada uno de sus acontecimientos? Para responder aproximadamente semejante cuestión, podemos subrayar que, exenta de leyes que la manipulen como un hecho natural o que la esgriman como un suceso fatal, la historia, siguiendo la filosofía de Aron, no sigue una línea uniforme, antes bien, se manifiesta fortuita, parcial e imperfecta. *Fortuita*, porque las humanas decisiones están intrincadamente movidas por pasiones, intereses y conflictos singulares. *Parcial*, porque las humanas aspiraciones apenas se definen entre el retroceso y el avance, entre el ensayo y el error, entre la pena y la gloria. *Imperfecta*, porque los humanos resultados se encuentran susceptibles al acierto o al error, al enriquecimiento o al

empobrecimiento, a la grandeza o a la vileza, a la reputación o a la condena. En resumen, a partir de este diagrama fisionómico del devenir, podemos insistir con suficiencia que el desenlace de la historia es imprevisible, justamente, porque ésta no está confeccionada por autómatas configurados como una sencilla naturaleza mecánica, al contrario, está extraordinariamente tejida por hombres complejos en sus más diversas facetas, en sus más disímiles intenciones, en sus más heterogéneas realizaciones.

Finalmente, hemos insinuado a grandes rasgos cómo la crítica aroniana se manifiesta como un pertinente proyecto de orden práctico que responde a la imperiosa necesidad de defender la libertad humana en contra de la intolerancia, convirtiéndose en una acertada lección que instruye al sujeto en la medida en que lo convoca a asumir responsablemente su lugar singular en el devenir desde la convicción que se resiste a la ilusión de marchas homogéneas que van en detrimento de la soberana elección del destino. En el fructífero derrotero de esta discusión, Aron, como perspicaz espectador de un nuevo tropiezo de la razón en las raíces del sectarismo y del dogmatismo, se ha enfrentado inquebrantablemente contra la filosofía marxista, mostrándose como un prolífico crítico que se opone impetuosamente a esta ideología que intenta seducir a sus simpatizantes con argumentos supuestamente científicos, desnudándola en su más esencial fragilidad como una doctrina falaz revestida de un mero discurso persuasivo, como un sistema inconsistente recubierto de una simple figura emotiva. Desde este enfoque, Aron, como pensador alimentado en la tradición kantiana y en la vertiente liberal, propugna el desmantelamiento del marxismo como fruto derivado de su franca preocupación por aquellos individuos que, sin tan siquiera prever los extensos alcances de sus elecciones, se adhieren a un movimiento histórico sancionando un estilo de vida específico sin haber sometido dicha decisión a un riguroso y prolijo examen de conciencia.

Referencias

Aron, R.(1984). *Introducción a la filosofía de la historia*. Tomos I y II, Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.

_____. (1995). *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.

_____. (1996). *Lecciones sobre la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Engels, F. (1972). *Principios del comunismo*. Moscú: Editorial Progreso.

Marrou, H. (1968). *El conocimiento histórico*. Barcelona: Editorial Labor.

Marx, K. (1972). *Manifiesto del partido comunista*. Moscú: Editorial Progreso.

_____. (1975). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.

Merleau-Ponty, M. (1956). *Humanismo y terror*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.